

los descendientes de las familias patricias. En 215, los dos cónsules fueron plebeyos. Pero aquellos hombres nuevos no habían entrado en el senado sino uno tras otro; lejos de modificar su espíritu, habían sufrido su influencia y aceptado aquella política secular que retenía a la república en los prudentes límites de una democracia moderada. La comunidad de intereses trajo luego vínculos y enlaces de familia, que unieron a la nueva nobleza con la antigua, y con todas estas leyes populares, vino a encontrarse la aristocracia romana, no destruída, sino renovada.

Aquellos, cuyos ascendientes habían trabajado con mayor esfuerzo por la igualdad, se dieron buena prisa en le-



Arqui-galo (1)

vantar una barrera entre ellos y el pueblo, usando del derecho de imágenes, que daba todo cargo curul. «Cuando muere en Roma algún personaje de alto rango, dice Polibio, se lleva solemnemente al Foro con las imágenes de sus antepasados, precedidos de las fascas y cubiertos con una pretexto, de una túnica de púrpura ó de un tisú de oro, según su dignidad por haber ejercido el consulado, la pretura, la censura, etc. ó por haber merecido el triunfo. Al pié de la tribuna de las arengas se le acomoda en una silla de marfil, y el hijo del finado, refiere sus hazañas y las de sus padres. Con esto se renueva siempre la reputación de los ciudadanos ilustres, cuya gloria se hace inmortal en la memoria del pueblo, que guarda respetuosamente su recuerdo.» El frío Polibio se anima á su vista, y exclama: «Es un espectáculo embriagador.» Era también para los nobles el más seguro medio de justificar, aun á los ojos del pueblo, su orgullo y ambición, recordándole sus servicios sin cesar. Tan celosos de rechazar honores los hombres nuevos, como lo era en otro tiempo el patriciado, habían establecido, desde

(1) Bajo-relieve del Museo Capitolino. Nótese el carácter afeminado de este sacerdote eunuco, cuyas orejas están cargadas de perlas. Lleva en la cabeza tres medallas, una de Júpiter Ideo y dos de Atir, aquel pastor de Frigia de maravillosa belleza, que Cibele consagró á su culto, y á quien los mitógrafos han atribuído trágicas aventuras que hacen de él un héroe de castidad. Del pecho del sacerdote cuelga la imagen del mismo Atis, ceñido de mitra pérsica. En la mano derecha tiene una rama de olivo, y en la izquierda un canastillo de fruta de que sale el látigo guarnecido de huesecillos. En la pared, címbalos, un tambor, dos flautas y el cisto místico.

la primera guerra púnica, que los ediles, no ya el tesoro, hicieran todos los gastos de los juegos públicos: por tanto, era menester pasar por la edilidad antes de llegar á los grandes cargos; lo cual era cerrar su acceso á todos los que no tenían bienes bastante considerables para atreverse á solicitar esta onerosa magistratura.

Al ascendiente que les daban los bienes de fortuna, el nacimiento, el hábito del mando y el conocimiento exclusivo de las fórmulas del derecho (2), se añadían, para un gran número, el patronato de los aliados, como quiera que todo pueblo libre de Italia tenía en Roma un patrono que representaba sus intereses, y caso necesario, lo defendía ante el senado ó el pueblo. Ciertamente que el senado se reservó el derecho de juzgar las diferencias de las ciudades, de estatuir sobre las quejas de los ciudadanos contra su ciudad, sobre los crímenes contra Roma, sobre las discordias interiores, etc.; pero de ordinario abandonaba este cuidado á los patronos (3), siempre elegidos entre las familias más influyentes y valiosas. Esta clientela de una ciudad, de un pueblo entero, aumentaba la consideración y el poder de los nobles de una manera peligrosa para la libertad. Así, en 243, se creó un *praetor peregrinus*, que extendía su jurisdicción á los extranjeros, y colocado entre ellos y sus valedores, contuvo el patronato de los aliados en límites que lo hacían útil á la república.

Bajo otro punto de vista, esta institución tuvo graves consecuencias sociales. No pudiendo el pretor de los extranjeros, *praetor peregrinus*, concederles el beneficio de las leyes de Roma, se vió obligado á buscar reglas de derecho ó principios de equidad natural comunes á los diferentes pueblos y que constituyeron un nuevo dominio jurídico, el del derecho de gentes. Desde entonces el *jus gentium* no cesó de impugnar al *jus civile* ó derecho particular de Roma, cuyo estrecho concepto acabará por ampliar, dando en tierra con los privilegios de los quirites.

Así, pues, desde las leyes de Hortensio, la constitución había venido á ser más democrática, y sin embargo, la aristocracia se había reformado. Habiase destruído el patriciado, como casta privilegiada; pero se dejaba subsistir la nobleza, como clase investida de distinciones honoríficas (4). En una palabra, las leyes eran democráticas; las costumbres no; y este contraste, lejos de ser para Roma una causa de flaqueza, dábale mayor fuerza todavía, como quiera que reunía así las ventajas de un gobierno popular y las de un Estado aristocrático, sin los inconvenientes que de suyo arrastra la preponderancia de la una ó de la otra de estas dos formas políticas. Si, por otra parte, los antiguos tribunos no habían podido arrancar la aristocracia de las entrañas de la sociedad romana, si abandonando ellos mismos al pueblo, se habían pasado al campo enemigo, sucesores tenían en el tribunado que continuaban su obra. Acaban de abolir las clases y no han dejado á los nobles más que esa influencia que se adhiere en todas partes á los nombres ilustres y á las grandes riquezas.

Al mismo tiempo, los censores han encerrado á los liber-

(2) Desde Flavio, los grandes personajes de Roma hubieron de imaginar nuevas formas jurídicas; pero se divulgaron hacia el año 200, *jus Aelianum*. (Pomp., *Dig.*, 1, 2, § 7.)

(3) Los Claudios vinieron á ser patronos de los habitantes de Mesina; Minuciano, de quince pueblos de la Umbria; los Marcelos, de los sicilianos; los Fabios, de los alobroges; los Gracos, de los españoles; Cato, de los capadocios y de los ciprios, etc., etc., *...tum plebem, socios, regna colere et coli licitum*. (Tac., *Ann.*, III, 55.)

(4) Las distinciones, dice Polibio, son un grande estímulo para la virtud (VI, 53). Era el pensamiento de Napoleón, cuando abolió la nobleza feudal y creó el orden de la Legión de honor.

tos (1) en las cuatro tribus urbanas. La nobleza y la multitud extranjera están pues contenidas, y el verdadero pueblo reina como dueño en el Foro, fiel á sus dioses, á sus costumbres, á su disciplina, porque estas nuevas necesidades, este naciente amor al lujo, este menosprecio de los viejos usos y de las vetustas creencias, que hemos señalado más arriba, no habían descendido aun al corazón, á la conciencia de la nación. Aquella clase media, que había vencido á los samnitas, á Pirro y á Cartago, estaba siempre poseída de abnegación y era igualmente brava y numerosa.

No hay que dudarle; porque si la ley agraria no se cumplía fielmente, á lo menos, la vigilancia y las multas de los ediles prevenían la concentración de la propiedad, mientras las reparticiones de tierras multiplicaban las pequeñas heredades y formaban ese gran semillero de soldados, de que muy pronto ha de sacar Roma veintitres valerosas legiones.

Esta época es ciertamente el mejor tiempo de la libertad romana. Pero hay que entender bien que esta libertad no se asemeja á la que nosotros amamos, porque el ciudadano romano que nos representamos nosotros tan orgulloso de sus derechos, no estaba seguro ni de su clase social, que cada lustro podía quitarle el censor sin criterio ni juicio, ni menos lo estaba de la independencia de su vida privada, en que penetraba el mismo magistrado, armado de las severidades de su función irresponsable. Aquel republicano era el siervo del Estado, y libertad y justicia y moral, todo cedía, caso necesario, ante la máxima de que la salud del Estado es la suprema ley; máxima excelente cuando el ciudadano la comprende como una obligación de consagrar á la patria su vida y hacienda; máxima que puede llegar á ser detestable, cuando son los gobiernos los que deciden lo que exige la salud del Estado.

CAPITULO XXIII

SEGUNDA GUERRA PUNICA HASTA LA BATALLA DE CANAS (218-216)

I. — ANÍBAL EN ESPAÑA

Si respondiendo al llamamiento de Utica y de los mercenarios, durante la insurrección de los ejércitos de Cartago, les hubiera enviado el Senado un par de legiones, habría sin duda caído la gran ciudad africana; no habría emprendido Amílcar la conquista de España, ni intentado Aníbal la de Italia, evitándose así los infinitos males causados á tantas poblaciones. Pero faltó á Roma audacia; y no porque la contuviera el respeto á la fe jurada: sus sacerdotes, sus augures hubieran encontrado fácilmente medios para tranquilizar una conciencia poco escrupulosa de suyo; pero el día siguiente de la primera guerra púnica, tenía que restañar la sangre de sus heridas, y no atreviéndose á cometer una grande iniquidad, se contentó con una iniquidad pequeña, el socorro indirecto prestado á los insurrectos de Africa y la ocupación de Cerdeña. Amílcar tuvo tiempo para salvar á Cartago y para doblar su poderío.

El año 218, en vísperas de la segunda guerra púnica, las posesiones de los cartagineses estaban dispersadas desde Cirenaica hasta las embocaduras del Tajo y del Duero, en una línea de 8 á 900 leguas; línea estrecha, sin suficiente amplitud, que á cada momento podían cortar, ahora los nómadas africanos en sus rápidas incursiones, ahora un enemigo que tuviera que desembarcar en aquella inmensa extensión de costas. La república romana, al contrario, ofrecía el aspecto de un imperio regularmente constituido: Roma en el centro de la península; la península misma, defendida por tres mares, y allende estos tres mares, como otros tantos puestos avanzados que guardaran las inmediaciones, la Ili-

(1) Tito Livio, *Epit.* XX. Las riquezas acumuladas por los *erarios*, y sus constantes esfuerzos para extenderse á todas las tribus, contribuyeron sin duda á hacer abolir las clases. Se comprendió la necesidad de restringir el ejercicio de los derechos políticos á los plebeyos, propietarios y agricultores, que en esta cualidad tenían interés en la conservación del Estado y de la libertad; pero los *erarios* lucharon sin cesar contra esta disposición inútilmente renovada en 304, en 220, y probablemente en 181 y 168. Clodio los repartió en todas las tribus; en tiempo de Nerón llenaban la orden ecuestre y el senado (Tac., *Ann.* XIII, 26-27).

ria, desde donde las legiones vigilaban la Macedonia y la Grecia; la Sicilia desde donde se vislumbraba el Africa; y la Córcega en medio de la vía de la Galia ó España, y dominando la navegación del mar Tirreno.

Lo que daba mayor fuerza á esta dominación era que en casi toda Italia estaba ya aceptada, sino de buena voluntad, á lo menos con resignación. Los pueblos pobres y belicosos prefieren pagar el tributo de sangre que el de oro; y Roma no pedía á los italianos más que soldados. A cambio de su borrascosa independencia les había dado la paz, que favorecía el desarrollo de la población, de la agricultura y del comercio, y no tenían ya que temer todas las noches, como antes, que una tropa enemiga fuera á cosechar sus campos, sus viñas, sus árboles frutales, á robar sus ganados, incendiar sus casas y llevarse en servidumbre sus mujeres y sus hijos. Roma había puesto término á estos males y terrores, que antes de su dominación se repetían diariamente en cien y cien puntos de Italia. Sus censores cubrían de caminos la península, desecaban los pantanos saneando las comarcas, tendían puentes sobre los ríos, y construían templos, pórticos, albañales en las grandes ciudades; de modo que Roma no era sola en utilizar los despojos del mundo.

Para defender las costas contra los desembarcos del enemigo ó de los piratas, las guarneció el senado últimamente con colonias marítimas, y para proteger á los mercaderes y negociantes italianos, había declarado la guerra á Iliria y á Cartago (2).

Fuera de esto, algunos grandes personajes hacían valer noblemente su título de patronos de las ciudades para ejecutar grandes trabajos en provecho de los aliados. Así Curio vino á ser el protector de Reate haciendo un canal en la roca de una montaña para llevar al Nera las sobrantes del lago Velino. Si se conservara aun la segunda década de Tito Livio, se encontrarían sin duda en ella muchos hechos semejantes, que probarían que esta dominación, establecida

(2) Durante la guerra de los mercenarios. Después, en 179, quejándose Tarento y Brindis de los piratas ilirios, armó el senado una flota; y lo mismo hizo por los masaliotas perturbados en su comercio por los piratas ligures. (Tito Livio, XL, 18.)

por la fuerza, y á veces por la violencia y la perfidia, se hacía perdonar por sus mismos beneficios.

La gloria de Roma resaltaba además sobre los italianos, como la de Atenas y de Esparta habían sido el honor de la Grecia. Todos, á pesar de la diferencia de su condición, acababan de estrecharse al rededor de ella á la nueva de una invasión gala, y veremos luego á Aníbal, victorioso y todo, permanecer dos años en medio de Italia, sin encontrar un aliado. El tiempo había cimentado este edificio construído por el senado durante la guerra del Sannio, y hecho de todos los pueblos italianos una masa inquebrantable por su unión.

Sin embargo, en los últimos países sometidos, había aún en el corazón del pueblo, cuyo patriotismo suele ser más desinteresado que el de los magnates, pesarosos recuerdos de la pérdida libertad (1). Pero en todas partes la nobleza



Aníbal (3)

se había aliado con los romanos, como en Volsena, en Arretium, en Capua, en Nola, en Nuceria, en Tarento, en Compsa y en Lucania. Y todavía estrechaban más estos lazos los enlaces de familia entre la nobleza italiana y la de Roma. En Venecia, los nobles del libro de oro despreciaron á los de tierra firme; en Roma, Apio Claudio aceptaba por yerno á un campaniense, y el consular Livio tomaba por esposa á la hija de un senador capuano (2).

Preciso era que el imperio de los cartagineses, en apariencia tan colosal, reposara sobre tan firmes bases. Las enormes contribuciones impuestas á sus súbditos y las atrocidades de la guerra *inexpiable* no los habían reconciliado sin duda con los africanos. Utica misma y la misma Hipona Zarita, habían querido entregarse á los romanos. En las costas de Numidia y Mauritania, algunos puntos ocupados á intervalos y cercados por los bárbaros, apenas eran suficientes para prestar ayuda y socorro en la peligrosa travesía de España. En España misma la autoridad de Cartago, ó mejor dicho, de Aníbal, no estaba en verdad establecida sino en la Bética. En el resto del país hasta el Ebro, los pueblos fueron vencidos, pero domados nunca; y los generales romanos podrán presentarse aquí, mucho más fácilmente

(1) *Unus velut morbus invaserat omnes Italia civitates, ut plebes ab optumatis dissentirent, senatus Romanis faveret, et plebs ad Penos rem traheret* (Tito Livio, XXIV, 2). En Capua, durante la sublevación, los hombres de la clase inferior eran los que gobernaban: el autor del movimiento fué en verdad un noble, pero antes del sitio 112 caballeros se pasaron á los romanos.

(2) Tito Livio, XXIII, 4. Y añade sobre Capua: *... convivium vestrum multas familias claras ac potentis Romanis miscuerat.*

(3) Busto del Museo de Nápoles que no tiene probablemente de Aníbal más que el nombre.

que Aníbal en Italia, como los libertadores de la península.

Amílcar había educado á sus hijos en el odio á Roma. «He aquí cuatro cachorros, decía indicándolos, que crecerán para su ruina.» Y Aníbal, ya en su vejez, contaba al rey Antíoco, que antes de partir para España, y en medio de un solemne sacrificio, le había hecho jurar su padre odio eterno á los romanos.

«Desde su llegada al campamento de Asdrúbal, dice Tito Livio, atrajo á sí los ojos de todos. Los soldados viejos creyeron ver en él al mismo Amílcar en su juventud: la misma expresión de energía en su semblante; el mismo fulgor en su mirada. Pero Aníbal no tardó mucho en conciliarse el favor, sin necesidad de los recuerdos de su padre. Jamás se vió un ánimo más propio á dos cosas opuestas, á obedecer y mandar: así hubiera sido difícil decidir quién lo quería más, el general ó el ejército. Asdrúbal no buscaba otro jefe, cuando se trataba de un golpe de vigor; ni los soldados mostraban mayor confianza al mando de ningún otro caudillo. De audacia increíble para arrostrar el peligro, ya en él, conservaba siempre maravillosa prudencia. Ninguna fatiga quebrantaba su cuerpo, ni menos abatía su espíritu: soportaba igualmente el frío que el calor, y para su alimento, sólo satisfacía la necesidad, no el placer. Ni sus vigiliass ni sus sueños estaban regulados por el día y la noche; ni, terminados los negocios, buscaba el reposo en muelle cama ni blando silencio: á menudo se le veía, envuelto en una capa de soldado, tendido en el duro suelo entre los centinelas avanzados ó en medio del campamento. Su traje no se distinguía del vestuario común del ejército, haciendo consistir todo su lujo en sus caballos y armas. El mejor jinete, como el mejor peón, era siempre el primero en acudir al combate y el último en retirarse de él.

«Pero estas buenas cualidades estaban acompañadas de grandes vicios: crueldad feroz, perfidia más que púnica, ninguna franqueza, ningún pudor, ningún temor de los dioses, ningún respeto á la fe del juramento, ninguna religión. Con esta mezcla de virtudes y vicios, sirvió tres años á las órdenes de Asdrúbal, sin descuidar nada de lo que debía hacer ó ver un futuro general de los ejércitos cartagineses.»

Ciertamente exagera Tito Livio los vicios de Aníbal, poniendo sólo en relieve las virtudes del soldado. La historia de la segunda guerra púnica va á mostrarnos al gran capitán. Heredero de la ambición de los Barcas, pero con más genio y audacia, Aníbal quiso hacerse á expensas de Roma, un imperio que no era bastante fuerte para hacerse á costa de Cartago (4). Por otra parte, una guerra italiana era un medio glorioso de poner término á la lucha que sostenía su familia y su partido; y á pesar de los tratados, á pesar de la parte más sana del senado (5), Aníbal la emprendió. Nada pidió á Cartago para tan grande empeño, ni puso su confianza en nadie más que en sí mismo y los suyos. Después, arrastrando en su camino españoles y galos, salvó los Alpes.

Su conducta delante de Sagunto, la elección del camino que tomó para no ponerse bajo la dependencia de las flotas de Cartago; sus promesas á sus tropas, su tratado con Filipo (6), el abandono en que Cartago lo dejara, después de

(4) *Juvenem flagrantem cupidine regni.* (Tito Livio, XXI, 10.)

(5) Fabio decía *οὐδενά... ἀπολόγων* (Polib., III, 8). En Tito Livio (XXX, 22) los embajadores sostenían, después de Zama, que no había habido guerra sino entre Roma y Aníbal, y que Cartago era extraña á esta cuestión. Las guerras púnicas son efectivamente, como el sitio de Tiro y el de Jerusalén, un duelo á muerte entre dos razas y dos civilizaciones; pero la segunda guerra púnica es esencialmente la guerra de Aníbal y de Roma.

(6) En este tratado se decía que á Aníbal y á los cartagineses pertenecía Italia, y á Aníbal solo todo el botín.

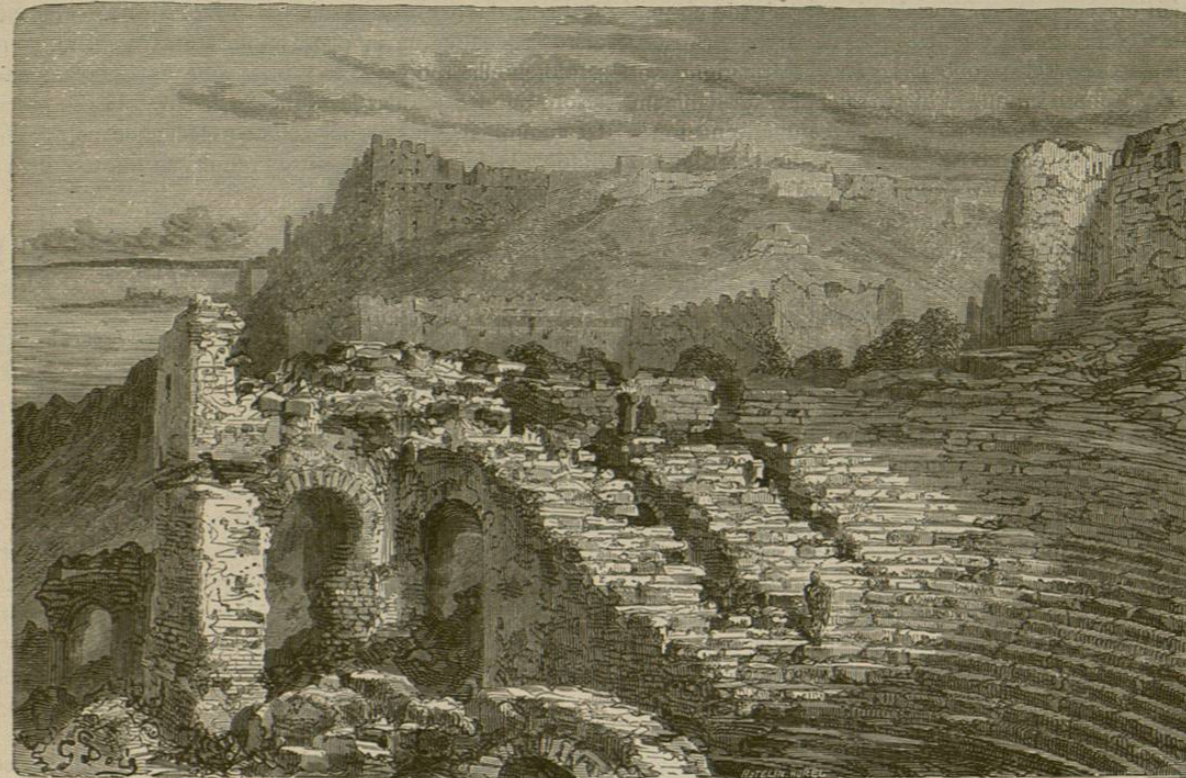
la batalla de Canas, el poder casi ilimitado, que, vencido y todo, supo conservar en su patria, muestran sus secretos designios y lo que hubiera hecho de la libertad de su país, si hubiera vuelto victorioso.

La segunda guerra púnica no es más que un duelo entre Aníbal y Roma, y al decirlo así no creemos amenguar la importancia de la lucha, porque ella misma mostrará la fuerza, el poder, los inagotables recursos que hay en el genio de un gran hombre, como también en las instituciones y en las costumbres de un gran pueblo.

Antes de emprender esta guerra, era preciso estar seguros

de España. El Sur y el Este estaban sometidos; pero los montañeses del centro y del alto valle del Tajo se resistían aún. Aníbal derrotó á los olcades en el valle del Júcar (221) y á los carpetanos á orillas del Tajo, en las cercanías de Toledo (220). Los lusitanos y los pueblos de Galicia quedaban libres, y Aníbal se guardó bien de ir á gastar contra ellos su tiempo y sus fuerzas: hasta el Ebro parecía sometida España, y esto bastaba á sus designios.

En el tratado impuesto por Roma á Asdrúbal, la independencia de Sagunto al Sur del Ebro, había sido formalmente garantida; y para empeñar irrevocablemente la gue-



Ruinas del teatro de Sagunto

rra, Aníbal á la cabeza de ciento cincuenta mil hombres, vino á sitiar esta plaza que habría servido de depósito y de punto de apoyo á las legiones romanas, si les hubiera dado tiempo para llegar á España. Esta conducta era injusta, pero hábil: Sagunto, ciudad griega y comercial, á mitad del camino entre el Ebro y Cartagena, hacía en esta costa la competencia á los comerciantes cartagineses; Aníbal quiso ofrecérsela como víctima, en expiación de la guerra que les obligaba él á aceptar, y con el pillaje de una de las más grandes y ricas ciudades de la península, se proponía al mismo tiempo granjearse anticipadamente la buena voluntad de sus soldados.

Roma le envió diputados; pero Aníbal rehusó recibirlos, pretextando que no podría responder de la vida de ellos, si se arriesgaban en medio de tantos soldados bárbaros. Los diputados fueron entonces á Cartago á pedir que se les entregara el osado y temerario general.

A pesar del justo resentimiento que guardaba con Roma por su conducta respecto de Cerdeña, Cartago no deseaba la guerra. Viendo sus ricos comerciantes que los romanos desdénaban los lucros del negocio, y como prosperaban bajo su dominación ó á la sombra de su alianza Marsella, Siracusa, Nápoles, Tarento, se habían ya familiarizado con la idea de la supremacía romana; sino que el pueblo y el senado estaban dominados por la facción barcina. A pesar de

los esfuerzos de Hannón, se contestó á los diputados que Sagunto misma había encendido aquella guerra, y que los romanos obrarían injustamente si prefirieran esta ciudad á Cartago, su antigua y fiel aliada.

Entre tanto, Sagunto era cada día más y más estrechada por el ejército sitiador.

«Situada, dice Tito Livio, á unos 1,000 pasos de la playa (1), no tenía el mar por defensa, y pudo atacarla Aníbal por tres lados á la vez. Un ángulo de la muralla avanzaba en un valle abierto: á él hizo llevar sus manteletes, á cuyo amparo podía arrimar el ariete hasta el pie de la muralla; sino que siendo este muro el más amenazado del recinto, era también el más sólido y fuerte. Dominábalo una alta torre y su guardia se había confiado á los más bravos de los heroicos saguntinos: impedían ó estorbaban los trabajos lanzando contra los sitiadores una lluvia de dardos y toda suerte de proyectiles, y luego, cuando creían haber ahuyentado al enemigo, hacían una salida y destruían las obras hechas.

Estos combates parciales se renovaban con frecuencia, y en uno de ellos fué herido el mismo Aníbal con una jaba-

(1) Cerca de 150 metros. La roca de 125 metros de altura en que Sagunto estaba edificada, está hoy á 4,000 del mar (Hennebert, *Hist. de Annib.*, I, 296).

lina que le traspasó el muslo. Cuando sus soldados lo vieron caer, se produjo entre ellos tal confusión y espanto, que hubieron de quedar casi abandonados los manteletes y por espacio de algunos días el cerco se trocó en bloqueo.

»Curado ya Aníbal, se reprodujo el ataque con mayor empeño y los trabajos de aproche llegaron hasta el pie del muro, que el ariete quebrantó por muchos puntos. Tres torres y la muralla que las unía se derrumbaron con estrépito, creyéndose ya los cartagineses dueños de la plaza. Pero los saguntinos pusieron entonces sus desnudos pechos por muralla en defensa de la ciudad, y detuvieron al enemigo en medio de los escombros.

»Tenían un dardo de madera de pino terminado en una punta de acerado hierro, y de tres pies de largo; por manera que podía traspasarlo todo á la vez, la armadura y el cuerpo. En el punto en que el hierro salía del asta había un mechón de estopa empecinado, que encendían en el momento de lanzar el venablo y cuya flama activaba el mismo vuelo. Así, pues, la *falarica*, que así la llamaban, causaba grande espanto al enemigo. Aun cuando este dardo se detuviera en el escudo sin herir al soldado, lo obligaba, por temor al fuego, á tirar sus armas, y á exponerse sin defensa á las continuas y diversas hostilidades.»

Estas hostilidades habían ocurrido ya antes de la llegada de los enviados romanos al campamento de Aníbal y á Cartago; pero se renovaron con mayor encarnizamiento, después de la ruptura de las negociaciones, y para excitar el ardor de los soldados, prometió Aníbal todo el botín de la ciudad.

»Durante la tregua, hubieron de levantar los saguntinos un nuevo muro detrás de la brecha; pero los asaltos fueron luego más frecuentes y empeñados: envolviendo casi todo el recinto el innumerable ejército cartaginés, no sabían los sitiados á qué punto acudir con preferencia en medio de los clamores que por todas partes se oían. Aníbal estaba presente donde quiera. Había hecho construir una torre móvil, más alta que las fortificaciones de Sagunto y dividida en pisos armados de catapultas, que dominaban con sus proyectiles el muro y ahuyentaban de él á sus defensores. No pudiendo ya estos defender los aproches de su muralla, envió el cartaginés quinientos africanos á derribar el recinto á golpe de piqueta, y como estaba formado sólo de piedras ligadas con cemento de tierra, muy luego practicaron una amplia abertura, por donde el enemigo entró en la ciudad.

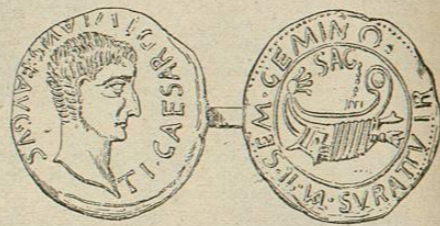
»Pero el combate se renovó dentro de ella de casa en casa, y habiendo logrado los cartagineses apoderarse de una altura, la circuyeron con un muro y asentaron dentro sus catapultas y balistas para batir desde allí el interior de Sagunto. Era una ciudadela que tenían en la misma plaza y que la dominaba.

»Los saguntinos, por su parte, cubrieron con un nuevo muro lo que aun poseían de su ciudad; pero estrechados más y más cada día, veían con despecho crecer el peligro y disiparse toda esperanza de socorro. La esperanza renació un momento, cuando se supo que Aníbal tenía que partir contra los oreitanos y carpetanos, á quienes había sublevado el rigor de las levas. El general partió en efecto; pero Sagunto nada ganó con su partida. Encargado de continuar el sitio Maharbal, desplegó tanta actividad que ni los sitiadores ni los sitiados notaron la ausencia del caudillo.

»Este último, á la vuelta de su breve y feliz expedición, hubo de empeñar el más porfiado y sangriento combate, siendo fatal consecuencia que parte de la ciudadela saguntina cayera en poder del cartaginés. Entonces dos hombres, Alcón, de Sagunto, y el español Alorco, procuraron nego-

ciar un acomodamiento; pero las condiciones del vencedor fueron tales, que no se atrevió el saguntino Alcón á comunicárselas á sus conciudadanos. Aníbal no concedía á los habitantes de Sagunto más que la vida y dos vestidos, debiéndole entregar todas sus riquezas y armas, abandonar la ciudad y retirarse al lugar que él designara.

»Alorco, que había sido en otro tiempo huésped de los saguntinos, se ofreció á transmitir personalmente tan duras condiciones. Avanzó pues de día claro hacia los centinelas enemigos, á los cuales entregó sus armas, y habiendo pasado las trincheras, se hizo conducir á presencia del primer magistrado, el cual lo introdujo en el senado. No bien hubo acabado de hablar, cuando los principales senadores hicieron encender en la plaza pública una hoguera, y arrojando en ella todo el oro y plata que encontraron en el tesoro público y todas las riquezas de sus casas, se precipitaron también ellos al fuego. Este espectáculo había difundido ya la consternación entre la multitud que acudiera de



Moneda de Sagunto

las murallas al foro, cuando se oyeron grandes gritos entre un estruendo espantable: una torre se derrumbaba, y una cohorte cartaginesa se lanzaba á las ruinas haciendo saber al caudillo del ejército que la plaza estaba desguarnecida.

»Aníbal acudió con todas sus fuerzas, se abrió fácilmente paso y mandó matar á todos los hombres en aptitud de manejar armas. Medida cruel, dice Tito Livio, pero necesaria, como demostró el mismo acontecimiento; porque ¿cómo perdonar á unos hombres que se quemaban en sus propias casas con sus mujeres é hijos y que con las armas en la mano, combatían hasta el último suspiro (1)?»

Esta resistencia verdaderamente heroica, de que España nos dará aún otros ejemplos, hubo de durar ocho meses. Parte de las riquezas de Sagunto, enviadas á Cartago, disminuyó todavía el número de los partidarios de la paz, y cuando fué otra embajada de Roma á exigir una solemne reparación, los romanos fueron los reconvenidos por su infidelidad á los tratados.

La discusión se prolongaba en el consejo de los ancianos, hasta que al fin, levantando Fabio un paño de su toga, exclamó: — «Aquí traigo la paz ó la guerra: elegid. — Elige tú mismo, le contestaron de todas partes. — Pues bien, la guerra,» repuso Fabio. Y dejó caer el paño de su toga, como si sacudiera sobre Cartago la muerte y la destrucción (219).

Aníbal activó sus preparativos. Envió 15,000 españoles á dar guarnición á las plazas de Africa, y llamó á España otros 15,000 africanos. Unos y otros serían rehenes que responderían de la fidelidad de ambos países. Su ejército se

(1) Tito Livio (XXI, 6-14) dice que todos los defensores de la plaza fueron pasados al filo de la espada, *belli iure* (XXI, 13); pero él mismo refiere en otro lugar que uno de los primeros cuidados de los Escipiones fué rescatar á los saguntinos. No todos habían, pues, perecido. Tampoco fué destruida Sagunto, porque los Escipiones la tomaron en 215 y los romanos hicieron de ella una colonia, que existía aún en tiempo del imperio. Una de sus monedas, de labor muy grosera, representa por el anverso á Tiberio, y por el reverso una proa de navío. Aun se ven sus ruinas cerca de Murviedro (*Muri-Veteres*) y los españoles sostuvieron allí un sitio en 1811 contra el mariscal Suchet. El teatro construido en la falda de una colina fué entonces casi destruido para utilizar sus piedras en las fortificaciones.

componía de 90,000 hombres de á pie y 12,000 de á caballo, con 58 elefantes. Una derrota naval hubiera arruinado sin remedio sus proyectos, y las flotas de Cartago no dominaban ya en el Mediterráneo. Con esto, resolvió abrirse camino por tierra. Era una empresa bien audaz ir á buscar á los romanos hasta el corazón de Italia, dejando atrás los Alpes, el Ródano y los Pirineos; pero desde la arriesgada expedición de Alejandro, todo parecía posible con audacia. Acaso no creía Aníbal á Roma más fuerte en Italia que Cartago en Africa. Los emisarios secretamente enviados con oro á los galos y cisalpinos para estudiar los pasos de las montañas y la disposición de los pueblos, habían traído informes favorables. Los boyos y los insubres, en el valle del Po, prometían levantarse en masa, y no parecía difícil enardecer el mal extinguido odio de los últimos italianos que



Orador vestido de toga (1)

Roma había vencido. Capua no se resignaba á la oscura condición de ciudad súbdita; los samnitas se despertarían seguramente, y Tarento y Etruria y...

Y luego no había más que la elección de recibir la guerra ó llevarla á Italia; como que ya el cónsul Sempronio hacía en Lilibea inmensos preparativos para una expedición, y Escipión levantaba tropas que había de conducir á España. Era menester prevenir el ataque. El ejemplo de Régulo probaba las ventajas de la guerra ofensiva; era también, por otra parte, el único sistema que convenía á la posición de Aníbal, y al que sería preciso volver aún después de las victorias en Africa y España.

Si había peligros en esta marcha, también se debía contar con el prestigio que rodearía al ejército, cuando vieran los italianos descender de la cima de los Alpes aquellos soldados procedentes de las Columnas de Hércules á llevarles la libertad. Desde Pirro ningún enemigo había penetrado en

(1) Estatua célebre de la galería de Florencia, representando á un orador en el uso de la palabra. (Muller: *Denkmaler*, t. I, p. LVIII, núm. 289.)

la Italia central. En medio de este rico país, la guerra nortiría á la guerra y se podría pasar muy bien sin Cartago. Si eran necesarios refuerzos, Magón, acantonado entre el Ebro y los Pirineos con once mil soldados, y Asdrúbal que quedaba en España con 15,000 hombres, cincuenta y cinco navíos y veintidós elefantes, seguirían el camino que Aníbal iba á trazarles, reclutando de paso á todos aquellos galos tan mal dispuestos contra Roma y que conocían de mucho tiempo atrás y amaban el lucrativo servicio de Cartago.

Cuando Aníbal concibió tan atrevido plan, apenas tenía veintisiete años: la edad de Bonaparte en Lodi (2).

II. — ANÍBAL EN GALIA. — PASO DE LOS ALPES

Después de un solemne sacrificio ofrecido en Gades á Melkarth, el gran dios de la raza fenicia, partió Aníbal de Cartagena en la primavera del año 218 y llegó á orillas del Ebro con ciento dos mil hombres. Más allá del río, es el país difícil, erizado de montañas, casi inaccesibles algunas, como la de Montserrat, de 1300 metros de altura. Pasó con el grueso de sus fuerzas entre ella y el mar en la dirección de Emporium (Ampurias), mientras algunos cuerpos destacados marchaban hacia el N. O. á rechazar á los montañeses á sus altos valles. Hubiera querido no dejar un solo enemigo entre el Ebro y los Pirineos, pues ya veremos como los Escipiones encuentran allí muy pronto amigos. Muchos soldados habían desertado, antes de franquear las montañas; otros se espantaron y Aníbal despidió once mil, y todavía dió diez mil infantes y mil jinetes á su teniente Hannón para guardar los pasos, entrando en la Galia con cincuenta mil peones y nueve mil jinetes, todos aguerridos y afectos á su persona. Treinta y siete elefantes seguían al ejército.

Al volver de Cartago los embajadores romanos habían pasado á la Galia para comprometer á los bárbaros á cerrar á los cartagineses los pasos de los Pirineos. A esta proposición de combatir por el pueblo que había abandonado á Sagunto y oprimía á los galos italianos, cundieron por la asamblea de los bebrices (Rosellón) tales risotadas entre furiosos gritos, dice Tito Livio, que á duras penas pudieron los ancianos calmar á los mozos.»

De regreso en Roma, refirieron los diputados que en ninguna de las ciudades trasalpinas, salvo Marsella, habían oído una palabra de paz ó de hospitalidad, y que el odio á Roma y el dinero derramado por los emisarios de Aníbal, preparaban á los cartagineses un camino fácil. Era pues preciso retenerlo en su península. El cónsul Sempronio, que desde Sicilia preparaba una expedición al África, recibió orden de impulsar los preparativos, y su colega P. Escipión activó también por su parte las levas para el ejército destinado á España. En aquel momento creía el senado que bastarían cuatro legiones para hacer entrar en razón á Cartago y á aquel mozo presuntuoso. Veintitres legiones será menester armar muy pronto solo contra Aníbal.

Tomáronse también precauciones contra los cisalpinos, enviándose á Cremona y á Plasencia dos colonias de seis mil hombres cada una para tenerlos á raya; sino que los boyos y los insubres dispersaron á los colonos, los persiguieron hasta Módena, cuya plaza sitiaron, y sorprendieron en medio de un bosque al pretor Manlio, que por poco no perece. Estos acontecimientos retardaron la partida de Escipión y lo privaron de una legión que debió enviar á las colonias del Po. Sin embargo, cuando entró su flota en el

(2) Clinton (*Fasti Hell.*, III, p. 20 y 52) fija su nacimiento en 247. No tenía, pues, más que 26 años, cuando el ejército le dió la sucesión de Asdrúbal, y 27 cuando sometió á España.